

En la salida de la Covona, hasta llegar al Torío, justo frente al calero de Felmín, hay que salvar un rápel de 18 metros (en la foto) y otro de 17 metros

El agua traza su curso

Con 400.000 años de existencia, el curso de aguas de la Cueva de Valporquero ofrece otra visión del sistema, labrado a capricho del arroyo y las filtraciones

2-5 |||| Al final de la Gran Vía, donde los turistas ordinarios contemplan las estalacticas y las estalagmitas, la Cueva de Valporquero esconde un camino distinto. El curso de aguas sigue el recorrido que ha esculpido el arroyo durante siglos en el interior del sistema. Un camino salpicado de saltos, toboganes y rápeles,

entre salas que enseñan su cara a la luz de los focos del frontal de los cascos de espeleología. La leyenda porfía con la viabilidad de que en la Sala Peñalba cabe la Catedral de León. Nadie se ha atrevido a probarlo, mientras los guías de la actividad hacen un simulacro para probar cómo sacar a un herido de la zona. Dicen que el Greim pudo...



7

Independientes

Youssura y Hanae ya tienen vidas separadas. Más de ocho horas de operación y 36 profesionales han sido necesarios.



9

Caramelo con palo

Junto a la fregona, el Chupa Chups se ha convertido a sus 50 años en uno de los inventos españoles del Siglo XX.



11

Otras versiones

La pulcritud con que se desarrolló la liberación de Ingrid Betancourt ha desatado las especulaciones de todo tipo.



14

Fiat 500 Sport

Deportivo, coqueto y sugestivo hasta la médula, la marca italiana pone en la calle una versión de aquel Cinquecento.

La Cueva de Valporquero hace

Los monitores que guían a los visitantes por el curso que sigue el arroyo dentro del sistema se entrenan para solventar el posible incidente de la evacuación de un herido, entre toboganes y rápeles

A. CABALLERO | TEXTO
NORBERTO CABEZAS | FOTOS

Meter la Catedral en la sala Peñalba es tan complicado casi como sacar a un herido del curso de aguas de la Cueva de Valporquero. Pero mientras que nadie se plantea el traslado de la seo con sus torres y pináculos, aunque la leyenda porfie en que es posible que quepa, la evacuación de accidentados se entrena como un ejercicio más de la formación que los cerca de quince monitores de la actividad —gestionada y promovida por la empresa leonesa Guheko— afrontan para dar seguridad a los visitantes que prefieran optar por los caminos del agua y abandonar aquellos turísticos que pisa sin problemas el hombre desde el año 1966, cuando se abrió el sistema al público. No es tan sólo dejarse llevar por la corriente, sino que pasa por un ejercicio de espeleología estimulante, asequible a casi cualquier persona, en el que descubrir la formación de los caminos que hicieron que lo sólido se venciera a partir de lo líquido. «Hay que pensar que esto es como si fuera un paquete de rebanadas de pan bímbo que están superpuestas. El agua, de tanto actuar sobre algunas hace que se desprendan y se abren los caminos por los que discurre el curso», anima Raúl Temprano, uno de los dos promotores, para ilustrar a los legos en la materia que, coraza de neopreno pegada al cuerpo, empiezan a descender desde el final de la Gran Vía, por donde los turistas ordinarios siguen, hasta el lugar en el que se abre el cielo. Quedan cerca de tres horas de itinerario, salpicado de sifones, toboganes, saltos, rápeles y ascensos.

Y música de iglesia. «Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo...», canta Raúl con voz engolada,

que sube hasta alcanzar el vacío, aventurado por las gotas que caen en abundancia, pero que no se ve, en la Sala de la Prensa, bajo la Sima de Perlas, que es una de las tres entradas de la Cueva, a 1.360 metros de altura, y que se formó de manera independiente al resto del sistema por medio de filtraciones que acabaron por adjuntarse al curso subterráneo del Arroyo de Valporquero. No es todavía la hora de la consagración, que llegará más tarde, pero sí el momento en el que el visitante, que ya ha experimentado la adaptación al neopreno —bendito invento que agradece que quede tan justo después de los primeros chapuzones de agua— y ha pasado por la Sala de la Columna Solitaria y las Grandes Maravillas, empieza a dimensionar el calado del escenario que le envuelve: estalagmitas y estalagmitas que salpican un espacio —que debe su nombre a que fue el primer escenario en el que entró un periodista con una cámara— en el que el agua sigue con si diálogo de orfebrería, en medio de un silencio de blanca perpetuo.

La comitiva encara la zona de rápidos para desembocar en la sala Peñalba, que recibe su nombre del club de espeleología que la descubrió. La luz, que mana del frontal del casco y no tiene el apoyo de apliques en las paredes, como en el recorrido turístico, se pierde entre los marcos que encuadran el escenario de 30 metros de ancho y 85 metros de largo, que toma su pie en la Gran Cascada y asciende 60 metros hasta hacer techo. Toca rapelar 17 metros para hacer pie al lado del lago que se forma, mientras el arroyo de Valporquero se despeña y remansa la sala.

Los tres equipos de guías en los que se ha dividido la plantilla se encuentran en la Gran Cascada, que es

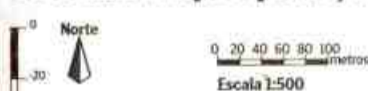


Al pie de la Gran Cascada, donde se realizó la principal actividad del simulacro de accidente, la Sala Peñalba alcanza 60 metros de altura

más o menos el punto intermedio del recorrido. Han hecho el curso entero y vuelto a remontar para probar tiempos: lo que en la actividad lleva más de 3 horas, ellos son capaces de hacerlo en 30 minutos, por si hubiera una urgencia: uno queda con el grupo y el otro acude a buscar ayuda. El día del

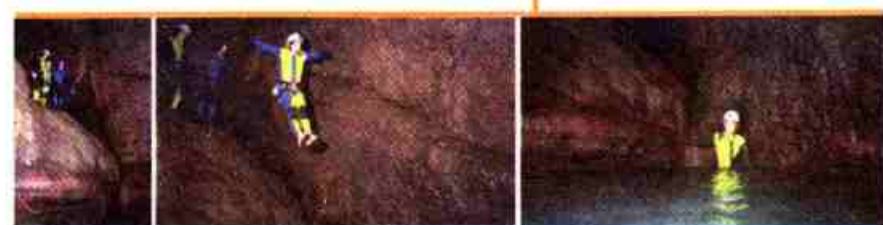
simulacro, lo único urgente es no estar parado mucho rato. Las víctimas ficticias se colocan en el lago boca abajo y sus compañeros simulan que tienen que rescatarlas, colocarlas el collarín y montarlas en la camilla para su traslado. «La vida prevalece sobre la función y la función sobre la estética»,

Sistema Valporquero, Perlas, Covona



Datos espeleométricos

- Longitud total del sistema: 3.120 metros
- Longitud de la parte turística: 1.306 metros
- Longitud del curso de aguas: 1.400 metros
- Desnivel total del sistema: 221 metros
- Desnivel de la Sima de las Perlas: 138 metros
- Desnivel desde Valporquero a Covona: 170 metros



aguas



NORBERTO



NORBERTO

El rápel de la Gran Cascada, con 17 metros, es el más grande de los que hay que librar en el interior

Un cofre para un tesoro

La leyenda cuenta que en la Sala Peñalba, que asciende 60 metros al pie de la Gran Cascada, se podría meter la Catedral de León

una cadera fracturada», comenta Pedro González, el segundo socio de Guheko, quien aclara que durante sus excursiones «tan sólo se han producido dislocamientos de hombro o pequeñas cosas, por no hacer caso en los saltos, donde los brazos se deben cruzar sobre el pecho para no dar con las paredes, y poco más». Pero, por si acaso, la simulación continúa con el curso de aguas.

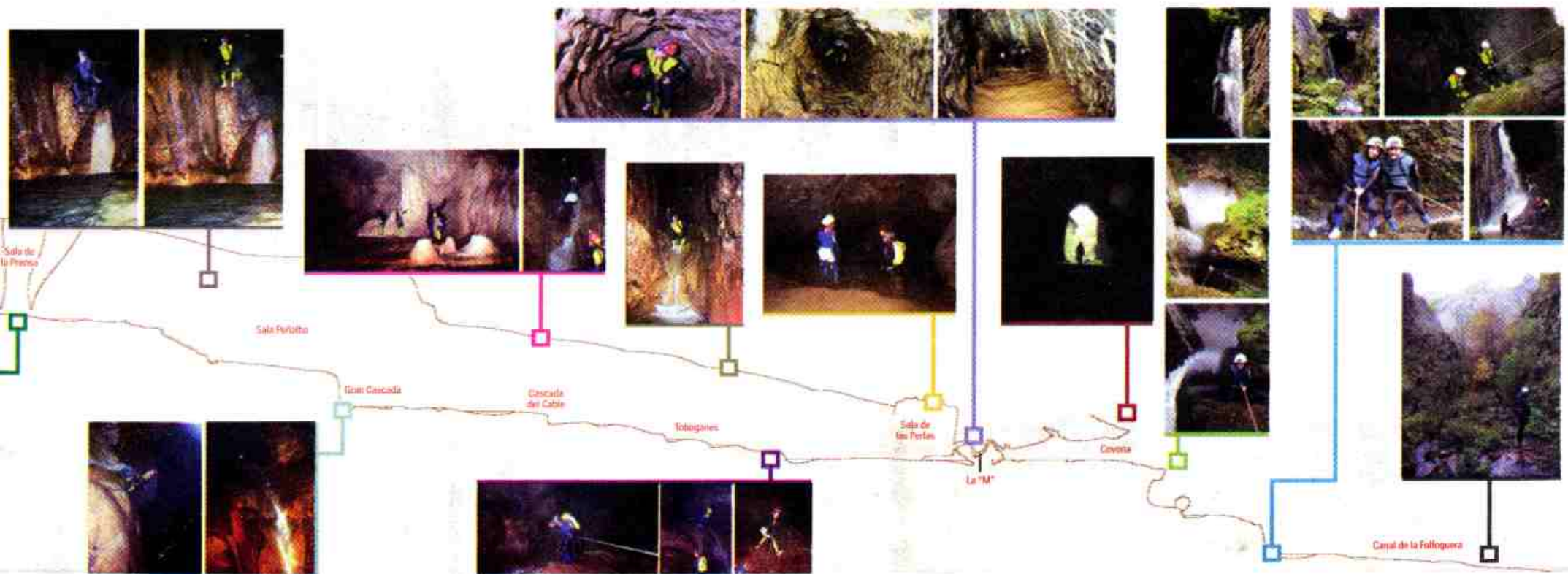
El camino no abunda en demasía en otras dificultades que las ya experimentadas, con toboganes y pasos de agua en los que el visitante se siente casi doctorado. Incluso, el que, tirado en la camilla, hace de atrezzo para que los guías comprueben hasta qué punto es factible el traslado. La Cascada del Cable, con 5 metros de rápel, es otra de las zonas complicadas para la evacuación, antes de tener que superar la Cascada de la Dificultad. De ahí a la Sala de las Perlas —donde pequeños granos de arena han sido tallados a capricho del agua para parecer auténticas obras de joyería— es un paso. Se adivina la salida de la Covona, pero

todavía hay que superar la M: la única forma que hay para salir del sistema en este punto tanto para los visitantes como para el aire e incluso lo fue en otro tiempo para el agua, cuando se atascaba el sifón. «En espeleología lo de los nombres es muy simple», comenta uno de los guías. No miente. Entre una fuerte corriente el recorrido es claro: subir, bajar, subir y salir, como si la letra del diccionario hubiera sido trazada por primera vez aquí, en el curso de aguas, que se formó hace 400.000 años, entre 200.000 y 600.000 años después de la configuración de la Cueva de Valporquero.

A parte de la luz, la salida a la superficie se nota por el calor. Una sensación de final de trayecto que desmienten los dos rápeles que quedan: 18 metros, con una zona colgada y sin apoyo sólido para el descenso, y otros 17 metros más. Solo resta dejarse llevar por el arroyo, que ha discurrido durante 1,7 kilómetros por dentro de la Cueva, un 21% de su recorrido, para llegar al Torío, frente al calero de Felmín. Y todo vuelve a su cauce.

les ha avisado Antonio del Rey Vieira, el doctor que supervisa las maniobras. El objetivo es evaluar la situación, estabilizar al herido, no perder en ningún momento el control sobre su estado, resguardarlo de la posible hipotermia —«el enemigo que no se ve», advierte el galeno— y desplazarlo hasta un sitio

seguro. Si puede caminar, se intentará sacarlo hasta la Covona, pero en caso de necesitar que sea transportado, la labor termina con la llamada de auxilio al Grupo de Rescata e Intervención de Montaña (Greim) de la Guardia Civil. «Sacaron de aquí a uno de un grupo de espeleología, que se despistó, con



A la derecha, ascenso a la primera parte de la M, que hay que ascender por medio de una escala, una vez asegurados por los monitores. Justo debajo, uno de los toboganes que hay que atravesar a lo largo del recorrido por la Cueva de Valporquero, en la que los visitantes también deberán hacer rápeles y saltos para seguir el cauce marcado por el agua



NORBERTO

Cerca de 2.000 personas se aventuran cada temporada por los caminos del agua

Restringido para clubes de espeleología o expediciones concretas, el curso de aguas de la Cueva de Valporquero abrió su cauce al público, con la dirección de Guheko, hace más de ocho años, en la temporada 1999-2000. «Nosotros estábamos metidos en un club y la gente nos demandaba que la lleváramos por la ruta. Se empezó a correr incluso fuera del mundillo de los espeleólogos y nos pareció interesante que quien quisiera pudiese ver esta parte del sistema, más allá de la visita a la turística», explica Pedro González.

Aquella intención ha terminado por delimitar un calendario del curso de aguas que se inicia en abril y va hasta octubre o primeros de noviembre, siempre en función de las lluvias del año. Lo que empezó con 4 monitores, ahora acumula más de 14, que se turnan para guiar a los visitantes que se atreven a abandonar el cauce normal para seguir el del agua. No son pocos: alrededor de 2.000 personas cada temporada que se dividen en grupos de 10 como máximo, con un límite de

cinco por día; un cupo que se cubre de manera sobrada los fines de semana de julio y agosto, pero que no escasea de meses.

La actividad ocupa casi cinco horas, entre lo que se pasa dentro de la Cueva, los rápeles externos y el tiempo de preparación. La empresa aporta el material colectivo completo, el neopreno de dos piezas —de 5 milímetros de espesor— escarpines, casco con iluminación eléctrica, arnés y descendedor; mientras que los visitantes tan sólo tienen que llevar zapatillas deportivas o botas, bañador y toalla. «No es necesaria experiencia previa, sólo un nivel físico aceptable y ganas de vivir una aventura inolvidable», apunta Raúl Temprano, que ha hecho la ruta casi más veces que el agua. «Lleva 50.000 valporqueros», añade uno de los guías.

El curso de aguas es una más de las actividades de aventura que realiza Guheko, que presenta toda la oferta en su web www.guheko.com y que tiene dos teléfonos para poder reservar plazas: 987 082 083 y 629 91 31 32.

El paso de la M (en la foto inferior), que es uno de los más complicados del curso, es la única forma de salir, tanto para las personas como para el aire, por la Covona

En la Cueva

«Nos pareció interesante que quien quisiera pudiese ver esta parte del sistema», explica Pedro González

Para casi todos

«No es necesaria experiencia previa, sólo un nivel físico aceptable», avisa Raúl Temprano



NORBERTO

Los monitores de Guheko, después del curso de aguas y el simulacro